

Historia de las ideas acerca de los límites geográficos del vasco antiguo

JOAQUÍN GORROCHATEGUI

Al tratar de estudiar procesos históricos tan complejos como los de resistencia o asimilación a la cultura y civilización romana por parte de pueblos prerromanos no carece nunca de interés, incluso para el que se acerca desde una perspectiva general etnológica y no marcadamente lingüística, el conocer la situación real y las vicisitudes sufridas por la lengua o lenguas habladas por esos pueblos a lo largo de todo el proceso de asimilación. Este interés crece notablemente en nuestro caso, porque la historia del vascuence resume en sí misma, tanto en su pervivencia hasta nuestros días como en el abundante número de préstamos latinos que posee, los dos procesos antagónicos de resistencia y asimilación que serán los objetivos de este curso.

He de indicar desde ahora mismo que mi intención no es tratar directamente sobre la extensión del vasco en la antigüedad ni la situación lingüística de la zona, digamos, del Ebro hasta el Garona, sino más bien de las ideas que sobre estas cuestiones se han emitido. Existen estudios recientes muy cualificados sobre esta materia, a los que yo podría añadir muy poco más¹. Pienso, sin embargo, que es útil presentar una historia de las ideas y las líneas de investigación acerca de la extensión territorial del vasco antiguo, a fin de disponer de los antecedentes de alguna de las hipótesis y de conocer las razones exhibidas por los defensores y detractores de ciertas posturas. Una visión histórica de estas ca-

* Este trabajo fue preparado para un curso que con el título genérico de «Asimilación y resistencia a la romanización en el Norte de la Península Ibérica» organizó en San Sebastián en 1984 la Universidad del País Vasco.

(1) Véase, J. de Hoz, 1981, y anteriormente, L. Michelena, 1964. Más centrado en la cuestión de la romanización, L. Michelena, «Romanización y lengua vasca», *FLV*, 1984, 189-198.

racterísticas no dejará de ser un sano ejercicio para relativizar un poco esta cuestión, comprobar que muchas ideas nuevas o modernas fueron ya expresadas con anterioridad y observar que un similar conocimiento sobre los datos y la situación real llevó a personas distintas, influidas en cada caso por su personalidad, simpatía o antipatías, a hipótesis históricas radicalmente diferentes.

La evidencia de la que se parte en la actualidad es que en una zona determinada del litoral del Golfo de Vizcaya, entre Bilbao y Biarritz, y al N. de la cordillera cantábrica y en los Pirineos occidentales hasta la provincia vascofrancesa de Zuberoa (Soule) se habla una lengua no indoeuropea, que atestiguada directamente desde el s. XVI e indirecta pero firmemente desde el s. XI-XII ha experimentado en su zona meridional un paulatino e ininterrumpido retroceso desde sus posiciones medievales más avanzadas: en primer lugar, las poblaciones de repoblación del N. de Burgos y la Rioja, luego, la zona de Tafalla, zona de Estella y provincia de Alava y, por último, la zona de Pamplona hasta casi la montaña².

¿De dónde viene esta lengua? ¿Cuál es su origen? Esta ha sido, con mucho, la pregunta más frecuente sobre el vascuence y que mantiene vivo hoy día su interés, en tanto que el resto de las lenguas de Europa han visto contestada satisfactoriamente esta cuestión dentro del paradigma de la comparación lingüística. Y sin embargo, desde el Renacimiento, y con antecedentes en el navarro Rodrigo Ximénez de Rada, se encontró una solución a esta cuestión en el marco de la teoría general lingüística del momento, la disgregación de las lenguas en Babel, según el relato del Génesis, 11,1-9. De esta forma al vascuence se le consideraba una de las 72 lenguas surgidas en la confusión, de las que más tarde se generaron las existentes, y que fueron llamadas *matrices*.

Este título babilónico del vascuence aparece claramente en el lic. Poza (1587) y fue sancionado por uno de los humanistas más prestigiosos del Renacimiento: José Justo Escalígero, autor de una de las mejores clasificaciones de las lenguas de Europa hechas antes del s. XIX. La teoría fue adquiriendo precisiones y matizacio-

(2) El retroceso histórico de la lengua vasca ha sido estudiado por L. Michelena en *Sobre el pasado de la lengua vasca*, 1964, San Sebastián, y con especial dedicación a Navarra por Lecuona «El euskera en Navarra a fines del XVI», *RIEV*, 1933, 365-74, Apat-Echebarne (=A. Irigaray), *Una geografía diacrónica del euskara en Navarra*, 1974 y J. M. Sánchez Carrión, *El estado actual del vascuence en la provincia de Navarra* (1970), 1972.

nes de diversos eruditos, sobre todo vascos, hasta formar un conjunto de ideas trabajadas, que pueden resumirse en lo siguiente:

a) el vascuence, lengua traída por Túbal, descendiente de Noé, a la Península Ibérica, fue la primera hablada en ésta y la originaria de ella.

b) el resto de las lenguas habladas alguna vez en la Península (griego, púnico, latín, godo o árabe) son lenguas advenedizas, de entre las que sólo el latín logró imponerse en la mayor parte de la Península merced a las armas romanas.

c) el vascuence ha pervivido en su solar tradicional desde tiempos bíblicos, alejado de todo contacto mancillador con lenguas extrañas, debido fundamentalmente a que ese solar nunca fue sojuzgado por los romanos. Para justificar este último supuesto se identificaba Vasconia, entendida natural y evidentemente como la tierra de los vascos y del vascuence, con Cantabria, región que en la historiografía latina aparecía como especialmente indómita.

Esta construcción hipotética presentaba muchos puntos flacos con sólo estudiar detenidamente las fuentes antiguas conocidas, pero con todo siguió operando con gran vigor entre nosotros hasta casi el s. XX, popularizada además por *bertsolaris* como Txirrita, en cuyos versos se denomina sistemáticamente a Euskal Herria como Cantabria, en unos momentos dramáticos para el pueblo vasco como lo fueron las guerras carlistas y la pérdida de los fueros.

Desde muy pronto se oyeron críticas a la pretensión de Garibay (1571) de establecer y dar por sentada la antigua universalidad del vascuence en la Península. Así Ambrosio de Morales, como tantos otros después, la niega en razón del testimonio inequívoco de Estrabón, III, 1.6 que, recordamos, al hablar de los turdetanos del SO dice:

«Tienen fama de ser los más cultos de los iberos; poseen una grammatiké y tienen escritos de antigua memoria, poemas y leyes en verso que ellos dicen de seis mil años. Los demás iberos tienen también su grammatiké; mas ésta ya no es uniforme porque tampoco hablan todos la misma lengua»³.

(3) Cito por la traducción de A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años*, 1945, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral.

Gregorio Mayans, seguramente uno de los autores más críticos a la teoría tradicional, defendida en su época por el P. Larra-mendi, la atacó en dos puntos cruciales. En primer lugar rechaza la supuesta invencibilidad de Cantabria, para lo que aduce a Estrabón, III, 3,8:

«Mas, repito, todas estas guerras están hoy acabadas. Los mismos cántabros, que de todos estos pueblos eran los más aferrados a sus hábitos de bandidaje, así como las tribus vecinas, han sido reducidas por César Augusto y, ahora en lugar de devastar, como antes, las tierras de los aliados del pueblo romano, llevan sus armas al servicio de los mismos romanos, como acaece precisamente con los coniscos, y, con los plentusios, que habitan hacia las fuentes del Ebro»⁴.

Y añade que Tiberio mandó allí tres legiones para pacificar y civilizar la zona. Y en segundo lugar, dentro de un pensamiento historicista marcadamente moderno, no acepta que el vasco sea la única lengua que haya permanecido fuera de la historia, conservando la pureza del paraíso (o lo que en términos modernos algunos llamarían los vestigios neolíticos). Dice:

«yo siempre concederé a esta lengua una grande antigüedad... pero no me persuado que aun aquellas voces que se tienen hoy por puramente vascongadas sean las mismas que antiguamente, porque si vemos que hoy para decir *poco* los vascos dicen *guchi*, los navarros *guti*, y los vizcaínos *gichi*, y a este modo hay muchísimas voces diferentes entre sí, las cuales forman unos dialectos muy diversos, ¿cómo hemos de creer lo que suponen, que sola esta nación en el mundo tiene el privilegio especial de conservar sus voces incorruptas, sin que por espacio de muchos millares de años se haya variado su pronunciación? (1873, 332)»⁴.

A pesar del fino sentido histórico manifestado en este pasaje como en otro en el que advierte en la lengua vasca dos estratos de préstamos (uno latino tomado por los «cántabros» de los mismos romanos y otro romance tomado de los españoles refugiados durante los primeros años de la invasión árabe), sigue inmerso en la tradicional confusión entre cántabro y vasco. Esta cuestión quedará esclarecida poco más tarde por el P. Flórez, 1786, en un

(4) Gregorio Mayans y Siscar, *Orígenes de la lengua española*, publicados por primera vez en 1737 y reimpresos en 1873 con un prólogo de J. Eugenio Hartzenbusch. Cito por la obra de Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, 1980, Madrid, Alianza Editorial.

estudio sobre Cantabria en el capítulo correspondiente de la *España Sagrada*, aunque había sido puesta de manifiesto mucho antes por un personaje importante en nuestra historia: el suletino Arnaldo de Oihenart.

Este abogado y eminente poeta vasco, salió al paso de las ideas tradicionales de sus colegas españoles en una obra que por primera vez trataba juntos los asuntos de Vasconia, la española y la francesa o la ibérica y la aquitánica como las llamaba él⁵. Según sus conocimientos de las fuentes sabía que los cántabros habían sido vencidos y ante la evidencia de la existencia de la lengua vasca en las Provincias Vascongadas no vio solución mejor que achacar el hecho a una invasión de Vascones. Veamos cómo argumenta:

«Por lo tanto ninguna razón persuade para creer que los Cántabros incapaces para defender en casa los propios lares, hayan llevado fuera armas vencedoras y parece más natural atribuir a los vascones, vecinos suyos, la conquista de los Vardulli por el valor de las armas. Otros argumentos no débiles para confirmar esta sentencia, están sacados del nombre, de la semejanza de las costumbres y del uso de la misma lengua entre los dos pueblos. Pues los franceses llaman a los Vizcainos, Alaveses y Guipuzcoanos con el nombre común de Bascos, voz que sólo por el modo de declinar y pronunciar se distingue del nombre Vascones. Mas los españoles los llaman Vascongados y Vascuence a su lengua, tomando la doble denominación de los mismos Vascones». Libr. I, Cap. VI.

La importancia teórica de este pasaje es muy grande, porque en él aparece ligeramente insinuado, que yo sepa por primera vez, el carácter reciente del vascuence en la actual Euskadi y se utiliza un argumento lingüístico-onomástico que volverá a ser empleado más tarde con mucha exageración por otros autores (quizás el más significativo pueda ser Sánchez Albornoz)⁶, para dar a entender que las Provincias Vascongadas han sido «vasconizadas»,

(5) Oihenart, *Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanae*, 1638, París. Existe una 2.ª edición de 1656, notablemente ampliada en cuestiones de lengua que ha sido traducida al castellano por Gorosterrazu en la RIEV 1926-1929 y por cuya traducción cito.

(6) P. ej. *Orígenes del Reino de Pamplona. Su vinculación con el valle del Ebro*, 1981, Pamplona, donde se recogen en dos capítulos «La trayectoria histórica de Navarra» y «Apéndice: los vascones vasconizan la depresión vasca» las ideas que venía repitiendo al menos desde *España: enigma histórico*.

es decir han sufrido un proceso de euskaldunización perfecta. Como se sabe, la acepción precisa del adjetivo «vascongado-a» consistía y consiste ahora en la medida con que se emplee, en persona o zona de, por lo general, exclusiva, lengua vasca, tanto sea oriunda de las tres Provincias como de Navarra o el País Vasco francés, frente al uso contrapuesto de «romanzado» que se refería a persona únicamente concedora del romance. Existe un proceso de jurisdicción eclesiástica en 1778 en Pamplona que trata sobre la conflictiva jurisdicción de receptores de tribunales romanzados y vascongados, donde se puede apreciar perfectamente el uso de los vocablos. Lo que le lleva a Oihenart a pensar en una invasión vascona no es la moderna interpretación etimológica, sino un hecho más simple de identificación mecánica entre pueblo y lengua. Sabía por las fuentes que entre los cántabros y los vascones, cuyos respectivos territorios conocía adecuadamente, había otros pueblos, caristios, várdulos (también autrigones), que por el mero hecho de ser nombrados debían poseer una personalidad propia distinta de la de sus vecinos, en la cual, naturalmente entraba en juego la lengua.

Aunque las conclusiones derivables de estas ideas debieran haberle hecho rechazar la extensión del euskera por toda la Península, incluso por el actual solar de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, cuando se ve obligado a exponer su opinión acerca de la antigua lengua de Hispania (Cap. XIII del Libro I) se inclina matizadamente por una extensión más amplia que la históricamente conocida:

«Así como no quiero sostener con demasiada pertinacia que fue una sola la lengua de todos los españoles en los tiempos pasados..., tampoco admito que la vasca estuviese encerrada dentro de los límites en que está actualmente... Creo que ésta fue la lengua de todos los pueblos montañoses que vivían en el Norte de España, es decir, de los Vascos, Várdulos, Autrigones, Caristios, Astures, Cántabros, Gallegos y Lusitanos; pues ya que consta por Estrabón que todos estos pueblos vivieron con las mismas costumbres..., es justo creer que también tuvieron una lengua común...».

Cuando trata de una zona no polémica, como lo era en su tiempo la antigua Aquitania, Oihenart no tiene dificultad ninguna en obtener conclusiones lingüísticas directas a partir de los movimientos de pueblos ocurridos en la zona, que conocía por las fuentes antiguas y medievales.

Exactamente, este modo de pensar le lleva a explicar la presencia del vascuence al N. de los Pirineos como debida también a una invasión de Vascones (de Hispania). El sabía por medio de César y de Estrabón que en el triángulo formado por el Océano, los Pirineos y el río Garona vivían unos pueblos aquitanos, de quienes se dice que poseían una lengua propia diferente de la de los celtas y belgas y con palabras de Estrabón más parecida a la de los iberos. Esta antigua lengua, lo mismo que el galo en el resto de las Galias, se habría perdido ante el latín y él podía aportar la prueba de unas cuantas inscripciones latinas en el corazón de los altos valles bigurdanos muy cercanos del País Vasco. Era claro que si en la actualidad se hablaba vascuence había sido traído por los únicos capaces de hacerlo: los Vascones. Dice:

«No fue difícil a los vascos, pueblo belicoso y deseoso de dilatar sus fronteras el enseñorearse de aquel país montañoso, que está al pie del Pirineo por el lado de la Galia» (Lib. III, Cap. II).

Y en ayuda de su afirmación aduce el famoso texto de Gregorio de Tours sobre la incursión vascona del año 587, que será ampliamente utilizado posteriormente por todos aquellos que defiendan el carácter reciente del vasco al N. de los Pirineos.

«Los vascones irrumpiendo desde las montañas descienden a la llanura, devastando viñedos y campos, incendiando las casas y llevándose algunos cautivos junto con ganado. Contra ellos actuó varias veces el duque Austrovaldo, pero obtuvo escaso resultado (*parvam ultionem*)».

En España, por otro lado, hasta comienzos del s. XIX la escena va a estar dominada por la discusión entre los defensores de la teoría tradicional, que ahora recibirá un fuerte apoyo de los escritores de la escuela de Marquina como Moguel, y sobre todo de Astarloa y de Erro, y sus detractores. Las razones de cada grupo se irán ampliando y afilando, apoyándose los defensores en dos tipos de argumentos: uno el toponímico por el que se intenta explicar la toponimia de la Península Ibérica e incluso de Italia y Sicilia a partir del vocabulario vasco acudiendo a un sin fin de extravagancias, y otro, las monedas (llamadas medallas) y textos escritos en escritura ibérica que presumían escritas en antiguo vasco, con lo cual creían probar la identidad entre vasco e ibérico lo cual les daría la razón en la idea de que el vasco era

actualmente un residuo de una lengua hablada antes en una amplia **extensión documentada** por las mencionadas monedas. Los críticos de la **teoría extrema** tradicional seguían teniendo su apoyo en las **fuentes clásicas**, que informaban de la existencia de pueblos celtas en la Península: p. ej. Estrabón dice que lo eran los Celtici de la Turdetania, que procedían de los Celtíberos, también lo eran los Berones, los Celtíberos y los que se quedaron junto al Lethes. En este aspecto hay que notar la contribución de Traggia que asigna al celta los topónimos acabados en *-briga*, frente a los topónimos en *-uri* de procedencia vasca.

Todos estos datos y estudios van a ser recopilados, analizados y sistematizados por Guillermo de Humboldt y en su librito «*Prüfung...*» 1821 va a exponer una síntesis sobre los pueblos antiguos en la Península que gozará de una autoridad incontestada por más de un siglo. Humboldt se muestra muy influido por sus colaboradores vascos —a los que había acudido en busca de ayuda para el suplemento vasco correspondiente al *Mithridates* de Adelung-Vater— y mantiene de ellos la idea central de que el vascuence, descendiente moderno del ibero, era la lengua originaria de la Península, aunque se propone introducir en el estudio unos criterios científicos a la hora de delegar en el estudio de la toponimia todo el *onus probandi* de su hipótesis. No debemos olvidar que Humboldt, a diferencia de Hervás y Panduro a quien debe mucho en fuentes y erudición, todavía inmerso plenamente en el paradigma lingüístico medieval de las lenguas matrices, es contemporáneo y testigo del surgimiento de la nueva lingüística comparada alemana de la mano de Franz Bopp (1816) y de J. Grimm (1818). Comprendía perfectamente que eran inadmisibles las exageraciones etimológicas de Larramendi, Astarloa, Moguel y otros y se limita en la explicación de los topónimos «a la más rigurosa analogía de la lengua», basándose fundamentalmente en la expresión fónica y no en el significado. Con este criterio repasa toda la toponimia hispana y concluye que «no puede uno resistirse a la convicción de que no hay ninguna región extensa de España en que no estén nombrados lugares o regiones por tribus, que hablaban una lengua igual al actual vasco en el sistema fónico, palabras radicales, terminaciones y modo de composición». Hoy día apreciaríamos en su método numerosos y graves errores etimológicos, pero téngase presente que no sólo no disponía de ninguna fonética histórica vasca, ni siquiera romance, sino que incluso los mismos principios de la evolución fonética aún no habían sido formulados. Por otro lado, gran parte del material original,

las inscripciones indígenas, no estaban descifradas y con muy buen juicio prefirió no aventurarse en interpretaciones infundadas, cuando no ridículas⁷.

De todas formas, en su estudio de los topónimos antiguos se dio cuenta que no todos ellos se explicaban por el vascuence y que algunos en especial, como los que empezaban por *Ner-* o *Se-* y los acabados en *-briga*, se relacionaban con pueblos de origen celta. La enumeración de los topónimos en *-briga*, su ordenación geográfica y su comparación le permitieron esbozar un panorama peninsular totalmente nuevo y en lo esencial válido hoy día. Dice:

«Si se tiene en cuenta en qué tribus se hallan estos nombres, se puede trazar una línea para definir su territorio, línea que empieza en la costa Norte del Océano en el límite de los autrigones, que quedan a Poniente, baja hacia el Sur, de manera que los caristios y várdulos quedan a Oriente, hasta alcanzar la frontera primero de los celtíberos, luego de los oretanos y por último del Baetis hasta el mar. Lo que queda al Norte y Oeste de esta línea es el territorio de los nombres terminados en *-briga*, que se halla en todas partes de dicha región y nunca pasan al Este ni Sur de los Pirineos ni a la costa mediterránea... Dentro del territorio de los nombres con la terminación *-briga* se hallan... los cántabros, todos los habitantes de la costa del Océano desde ellos hasta el Baetis, todos los celtas y celtíberos y los pueblos del interior hacia el Oeste».

Aparece así perfectamente indicada la famosa línea divisoria entre la Hispania indoeuropea y la no indoeuropea que en los modernos mapas de Tovar o Untermann aparece como la Hispania de los topónimos en *-briga* opuesta a la de los topónimos en *-uli*, *-ili*. Al observar que topónimos parecidos se atestiguaban en las Galias y Britania asignó el término, como lo habían hecho con anterioridad Traggia y Hervás, a la lengua celta.

Esta división de la Península en dos grandes áreas no deshacía, sin embargo, una clara jerarquía entre los dos pueblos, en virtud de la cual se les asignaba a los iberos una ocupación originaria de toda la Península. Los Celtas, procedentes de Eu-

(7) Sobre una historia de todos los intentos de desciframiento en el pasado, antes del logro de Gómez-Moreno, pueden consultarse el prólogo de Hübner a su recopilación de textos ibéricos: «Prolegomena, III-XX» de *Monumenta Linguae Ibericae*, 1893, Berlín, y Caro Baroja, «Sobre la historia del desciframiento de las escrituras hispánicas» en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, 1954, 681-702.

ropa, se asentarían posteriormente en la zona Centro y Oeste peninsular, aunque sin eliminar la anterior capa ibera, con la que se mezclarían dando lugar a pueblos mixtos ibero-celtas (o celto-iberos), mientras que la antigua población ibérica pura perviviría en los Pirineos y zona mediterránea. Esto explicaba que en el territorio de *-briga* aparecieron topónimos explicables entonces por el vasco y también que en la Celtiberia —dato muy importante— se atestiguaran inscripciones redactadas en un sistema de escritura idéntico al de los textos procedentes de zonas mediterráneas puramente ibéricas.

Con la obra de Humboldt se sancionó para mucho tiempo la idea de que el vascuence era el resto actual de una civilización y lengua ibéricas, pasando toda la investigación siguiente, tanto en el esfuerzo por descifrar los letreros ibéricos como en la explicación de los topónimos antiguos, por el obligado recurso a los diccionarios vascos. Hay que citar en este sentido el ensayo de Boudard sobre la numismática ibérica (1859) y valorar la actitud novedosa de Antonio Delgado que propuso la explicación de algunos letreros según parámetros indoeuropeos. De todos modos, como es bien sabido, la lectura de los letreros ibéricos siguió por derroteros muy inseguros hasta fechas recientes, lo que no impidió que se creyera firmemente que aquello podía esclarecerse con ayuda del vasco, como lo demuestran las obras de serios eruditos como Hübner (1893) o de lingüistas de excepcional calidad como Schuchardt (1907).

Al Norte de los Pirineos las cosas van a cambiar sustancialmente hacia el último cuarto de siglo. Pero antes, nos detendremos en la persona de J. F. Bladé, porque representa el logro más perfecto de la erudición decimonónica local acerca del conocimiento sobre las fuentes y la historia antigua de la Aquitania. A él se debe en lo esencial la identificación de las *civitates* aquitanas, atestiguadas en las fuentes, del recorrido y de las mansiones de las vías romanas, tanto de las importantes de los itinerarios, como de las secundarias, a partir de indicios arqueológicos, la recogida y estudio de epigrafía romana de la zona y en general de todas las antigüedades regionales. Sin embargo, en lo que aquí nos interesa, en cuestiones de lengua, sigue anclado en la teoría tradicional expuesta por Oihenart, a quien sigue punto por punto a la hora de argumentar el carácter reciente del vascuence en el País Vasco-francés. En su libro *L'origine des Basques*, 1869, concluye:

«Esta expansión (la vasca) se extendió durante los siglos VI y VII a la vertiente Norte de los Pirineos occidentales, donde ningún testimonio histórico constata, antes de esta fecha, la presencia del elemento éuscaro...».

Pero durante la segunda mitad del siglo y gracias a una intensa actividad arqueológica empiezan a aparecer epígrafes latinos con onomástica indígena de tal tipo que llevarán a A. Luchaire a refutar la redonda afirmación de Bladé. En su libro sobre los orígenes ling. de la Aquitania, 1877, señalará paralelos entre los antropónimos aquitanos y apelativos vascos, p. ej., entre el nombre aquitano de mujer ANDERE y vasco *andere* 'señora', el de varón CISON y vasco *gizon* 'hombre', el de mujer NESCATO y vasco *neskato* 'muchacha', BIHOXVS y vasco *bihotz* 'corazón', entre otros y el topónimo *Ausci* (antecedente del actual Auch, Gascogne) con la raíz *eusk-* de *euskara*, *euskaldun*, etc.

Por otro lado observa que el gascón, dialecto romance de occidente, presenta unas particularidades fonéticas tales que lo separan del resto de las lenguas de oc y lo acercan al vascuence, como son la falta de *f-* inicial y su paso a *h-*, aversión a *r-* inicial, mutación de *-l-* germinada latina intervocálica en *-r-* (aunque en vasco sea la *-l-* sencilla), y por último, pérdida de *-n-* sencilla intervocálica. Todo lo cual le lleva a suponer que el gascón ha sufrido en su formación una influencia de sustrato por parte del vasco o lengua muy parecida al vasco.

Todas estas cuestiones le hacían expresar:

«El estudio de los nombres de lugar con radicales éuscaros, tan frecuentes en todos los valles comprendidos en la antigua Aquitania, por tanto sobre un territorio mucho más extenso que el que se supone ocupado por los vascos medievales; el análisis de los nombres de lugar y de persona aquitanos transmitidos por los autores y las relaciones de parentesco lingüístico y étnico existente entre los aquitanos y los iberos de España, todo autoriza a establecer una unión estrecha entre la lengua aquitana y la vasca. Es legítimo y científico suponer que el gascón, dialecto romance que ha reemplazado, y casi exactamente en los mismos límites, al antiguo aquitano, debe a este mismo idioma no solamente la mayoría de los caracteres fónicos originales que posee en común con el euskera y que le confieren un lugar muy especial en el dominio provenzal, sino que también quizá un cierto número de palabras con fisonomía evidentemente éuscaro...»⁸.

(8) A. Luchaire. «Les origines linguistiques de l'Aquitaine», *Bul. de la Soc. des Sciences, Lettres et Arts de Pau*, 1876/7, 349-423.

Las pruebas onomásticas aquitanas presentadas por Luchaire eran tan elocuentes y los restantes argumentos estaban expresados con tanta convicción, que parecía forzoso admitir la existencia de una lengua de tipo vasco en un territorio más al norte y al este del tradicionalmente asignado a los vascones. Así Bladé, 1892, cambió de punto de vista sobre la cuestión sumándose a la opinión de Luchaire; ese mismo año se publicaba póstumamente la admirable recopilación de las inscripciones pirenaicas de Sacaze, en 1903 publicaba Seymour de Ricci su sucinto trabajo sobre la onomástica pirenaica a partir del recién editado tomo XIII del CIL y en 1909 Schuchardt, en punta de investigación, establecía relaciones entre algunos antropónimos aquitanos, como *Torsteginno* y *Talsco*, y algunos ibéricos atestiguados en la por entonces recién descubierta inscripción de Ascoli, como *Torsinno* y el segundo miembro de *Tautin-dals*, respectivamente. Hay que tener presente la importancia que tuvo para la investigación la aparición de este epígrafe, en el que se recoge la concesión de la ciudadanía por Pompeyo Estrabón, padre del Grande, en el 79, a una turma de caballería formada por indígenas del Ebro Medio que aparecen relacionados con indicación de filiación. Ello proporcionaba cerca de 60 nombres perfectamente legibles en alfabeto latino, que representaba algo mucho más asequible y rico que las incomprensibles leyendas ibéricas y las escasos epígrafes latinos recogidos hasta entonces por Hübner en MLI. Incluso ese valor no ha decrecido en la actualidad, después del desciframiento, ya que a causa de la escasa pervivencia de onomástica ibérica en epigrafía latina, achacable a la pronta romanización de todo el litoral mediterráneo y el valle del Ebro, continúa siendo el patrón universal para evaluar las lecturas de antropónimos de las leyendas ibéricas. Con respecto a este punto hay que decir que su descubrimiento fue conocido en los círculos universitarios españoles con mucho retraso, hacia 1924, a raíz de una conferencia de Ettore Pais en Madrid, según confesión de M. Gómez-Moreno, a pesar de que el artículo de Schuchardt había sido publicado en la RIEV.

Como resultado de todo ello, la Aquitania en virtud de la estrecha relación mostrada entre sus documentos más antiguos y el vascuence, extensible a ciertos nombres de la *Turma salluitana*, entraba de pleno derecho en las discusiones sobre los asuntos prerromanos de la Península.

El descubrimiento de antropónimos aquitanos por Luchaire, con ser un avance importante en la investigación, no rompía el

esquema humboldtiano, sino que a lo sumo lo ampliaba al otro lado de los Pirineos occidentales y centrales, y todo habría seguido igual por unos cuantos años más, si no hubiera hecho su aparición e irresistible ascensión en la historiografía, que no en la historia, el fantástico pueblo ligur. El causante de su importación a la Península fue Arbois de Jubainville, 1893-4⁹, al asegurar que había hallado 21 topónimos modernos en *-asco*, *-asca*, *-usco*, etc. en el Noroeste, Centro y Este relacionables con otros semejantes de la actual región ligur y con los acabados en *-asca* de la famosa *Sententia Minuciorum* (año —117).

Esta equiparación hecha sin garantías fue tomada en herencia por Schulten, que se dedicó a probar por medio de todo tipo de artes la presencia ligur en amplias zonas de España. No sólo acepta el argumento toponímico de Arbois de Jubainville, sino que lo amplía, contra toda evidencia y a contrapelo de toda la tradición, a topónimos que empezaban por *Sego-*, de clara filiación celta, por la sola razón de que en los Alpes occidentales halla muchos topónimos de esta clase. Echa mano de antiguas y por tanto escasamente documentadas noticias sobre el Occidente mediterráneo como la *Ora maritima* de Avieno que cita algunos lugares «ligustinos» o la denominación de «península ligustiké» dada por Eratóstenes a España. De esta forma establece un esquema en el que los ligures aparecen como el pueblo más antiguo, sobre el que se superponen en sucesivas invasiones los iberos procedentes de Africa y los celtas de Europa. Y va más allá al asegurar que los vascos son los descendientes de los primitivos ligures, para lo que se apoya precisamente en los antropónimos aquitanos que como no son ni iberos ni celtas, «deben ser, por lo tanto, ligures»¹⁰. Como se ve, la circularidad de la argumentación es total.

Si bien estas ideas extremas de Schulten recibieron bien pronto una contestación fulminante por parte de Schuchardt, 1915, con argumentos lingüísticos y por parte de Gómez Moreno en base a razones históricas y arqueológicas, los ligures, aunque por lo general convertidos en indoeuropeos o gente indoeuropeizada, fue-

(9) H. d'Arbois de Jubainville, «Les Celtes en Espagne», *Revue celtique*, 1893, 357-395; 1894, 1-61 y *Les premiers habitants de l'Europe d'après les écrivains de l'antiquité et les travaux des linguistes*, 1889-1894.

(10) A. Schulten, *Numantia*, I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, 1914, p. 66 ss.

ron utilizados para explicar lo que no hallaba fácil acomodo en los parámetros iberos o celtas. De esta manera el mismo Gómez Moreno pensó que les correspondería un núcleo de tribus occidentales de Hispania desde Cantabria hasta la divisoria del Tajo, a juzgar por una antroponimia personal en parte original con respecto a otras zonas celtas, como la Celtiberia, con nombres como *Ambatus*, *Boutius*, *Doiderus*, *Doidena*, etc. y en especial por algunas inscripciones de la Lusitania que causaban dificultad a los celtistas. Por otro lado, las ideas de Arbois de Jubainville también alcanzaron gran renombre en Francia, donde fueron seguidas, en lo que a nosotros nos interesa, por C. Jullian, el autor de una monumental y erudita Historia de la Galia, y por un historiador local, R. Lizop, que en un detallado estudio sobre las *civitates* de los *Convenae* y los *Conсорanni* intentó materializar en formas lingüísticas de los antropónimos aquitanos las elucubraciones sobre iberos y ligures en Aquitania. Previamente el mismo Jullian había hecho una identificación entre el ente de razón ligur con la no más sustancial reconstrucción lingüística italo-celta de A. Walde.

Todavía hasta los años 60 de este siglo se sigue discutiendo acerca de la naturaleza, si indoeuropea o no con todos los matices intermedios posibles, y de la extensión primitiva del pueblo ligur. La excelente contribución de Schmoll, 1959, a las lenguas prerromanas peninsulares dedica todavía algún capítulo al asunto. Hay que mencionar también que a finales de los 30, J. Pokorny fue responsable de que otro pueblo, el ilirio, recogiera el relevo del ligur a la hora de la explicación de todo tipo de topónimos desperdigados por toda Europa que presentaran dificultad para su clasificación en otra lengua mejor conocida. Como muy bien ha expuesto M. Faust, 1976, se trata en ambos casos, desde el punto de vista metodológico, de elucubraciones o constructos muy vagos e imprecisos, ideados a partir de material onomástico de desecho inclasificable de acuerdo con lenguas bien conocidas, para explicar precisamente esos topónimos difíciles y problemáticos. Otra hipótesis parecida del mismo tipo fue propuesta por Krahe con su «antiguo europeo» fabricado a partir de la hidronimia europea y que en España tuvo secuelas en algunos estudios de Tovar y de Hoz. Hoy día estos recursos a estas especies de «deus ex machina» tienden a ser abandonados por la investigación, que prefiere dejar sin explicación etimológica muchos topónimos antes que incurrir en graves defectos de método.

La comprensión de los asuntos prerromanos de la Península, y de rebote de la cuestión vasco-aquitana, se inició con el desciframiento del sistema de escritura ibérico por M. Gómez Moreno a comienzos de los años 20, aunque sus logros permanecieran desconocidos para casi todo el mundo hasta después de la guerra civil española. La lectura de las inscripciones en escritura epicórica supuso una terrible sorpresa porque aparecía meridianamente claro que mediante ese sistema de escritura habían sido redactados textos en dos lenguas totalmente distintas: una indoeuropea, de filiación celta, que se extendía por el territorio de los antiguos celtíberos (Soria, Guadalajara y parte occidental de Zaragoza), con testimonios monetales más al noroeste en la provincia de Burgos (p. ej. *segisamos*, *uiroutas*), mientras que los demás textos pertenecían a una lengua no indoeuropea, por lo general totalmente incomprensibles al margen de la identificación de algunas cecas o antropónimos, con una extensión geográfica que iba desde el Rosellón y toda Cataluña hasta Alicante y Murcia por la costa y desde la desembocadura del Ebro por ambos márgenes del río hasta Zaragoza. en cuyas inmediaciones por el lado meridional comenzaban a aparecer las celtibéricas. La frontera entre iberos y celtíberos está siendo clarificada para la zona del Ebro en estos últimos años, debido sobre todo a hallazgos epigráficos de trascendental importancia como el Bronce de Botorrita ¹¹.

Este cuadro resultante, aunque impedía seguir considerando a los Celtíberos como pueblo mixto o híbrido de celtas e iberos, no entraba en contradicción con la separación establecida por Humboldt entre la España de los topónimos en *-briga* y la de los en *-ili*, que se veía más bien reforzada por el nuevo descubrimiento. Lo que sí parecía ya inadmisibles, era afirmar la identidad entre vasco e ibérico, en otras palabras seguir manteniendo la hipótesis tradicional del vasco-iberismo, ya que no se podía establecer ninguna relación lingüística profunda entre ambas lenguas que permitiera a través de la utilización del vascuence la comprensión del ibérico, de la misma manera que a través del conocimiento del irlandés se puede lograr la explicación científica de muchos términos galos.

Con la convicción de la inexistencia de parentesco lingüístico entre ambas lenguas, que no impide sin embargo la existencia de

(11) Véase, A. Beltrán & A. Tovar, 1982 y J. de Hoz & L. Michelena, 1974.

similitudes fonéticas superficiales y tipológicas, o incluso de verdaderos préstamos explicables por un largo contacto lingüístico o cultural, se inicia una nueva etapa en la investigación que se encaminará a la configuración más precisa posible de cada una de las áreas lingüísticas independientes y al estudio de los textos originales y de la onomástica correspondiente a cada una de ellas.

Así limitándonos a la zona vasco-aquitana casi todos los eruditos empezando por G. Bähr y siguiendo con R. Lafón y L. Michelena hasta hoy sostienen que el aquitano (refiriéndose con este nombre a la lengua hablada en la Aquitania, etnográfica o Novempopulana bajo-imperial, no atestiguada directamente mediante ningún texto, aunque defendible no sólo por el testimonio de los autores sino por una onomástica abundante y original) representa un estadio antiguo del vasco o de una lengua íntimamente relacionada con el vasco, de modo que sus límites septentrionales y nororientales son los que menos desacuerdo ocasionan en la actualidad a los investigadores. A la llegada de los romanos su territorio estaba limitado aproximadamente por el río Garona, aunque sabemos por Estrabón que Burdeos y sus alrededores, donde vivían los *Bituriges Viviscos*, de raza celta, quedaban fuera. Desde allí correría el límite río arriba paralelo a su curso apartándose hacia el Sur a la altura de Agen, antigua *Aginum* capital de los *Nitiobroges*, y yendo luego al encuentro del Garona sin alcanzarlo; tomaría más tarde una dirección Norte-Sur dejando al Este la ciudad de Tolosa hasta alcanzar el Garona y traspasarlo por el desfiladero de Boussens cerca de Martres Tolosane, englobando por la derecha el valle pirenaico del Salat que formaría luego la *Ciuitas Consorannorum*. La extensión ocupada por la onomástica aquitana altoimperial es sensiblemente menor a la descrita, mostrando sobre todo un alejamiento de las márgenes del Garona sin pasar más al Norte de Auch o de Sos, identificada con la ciudad de los *Sotiates* (cuyo caudillo nos cuenta César se llamaba *Adiatunnus*, nombre claramente celta). Los epígrafes latinos más septentrionales y orientales muestran también, mezclada con onomástica aquitana, buen número de nombres galos, que atestiguan una notable penetración celta en la Aquitania oriental desde Saint-Gaudens hacia Toulouse y en el valle del Salat. El hecho de que en la Aquitania occidental hayan aparecido muy pocas inscripciones y en el actual País Vasco-francés sólo dos (la de Hasparren y la de Tardets con el teónimo *Herauscorritsehe*) no es impedimento para afirmar la viva presencia del aquitano, sino más

bien un claro indicio de escasa romanización de la zona. Se piensa por tanto que el vasco histórico del Norte de los Pirineos es continuación directa del hablado allí en época romana, antes que pensar con Bähr que la latinización del Norte fue total y explicar la presencia moderna del vascuence por invasiones medievales de los Vascones de Hispania.

La cuestión de los límites al Sur de los Pirineos se presenta ahora, paradójicamente, mucho más controvertida, principalmente por la carencia de textos originales al Norte del Ebro hasta los Pirineos, a excepción de alguna cecas, que pudieran señalarnos inequívocamente los límites de las respectivas lenguas. En los valles meridionales correspondientes a los aquitanos de Arán nacen los ríos Noguera Pallaresa y Ribagorza que corren paralelos hasta las llanuras de Lérida, donde sabemos por las fuentes que habitaba un pueblo ibérico, los *ilerdenses*, que acuñó moneda con nombre de su ciudad *iltirta*; por las cercanías se han hallado textos ibéricos en Sosés y Fraga. Por otro lado Corominas en 1960, al estudiar la toponimia del alto Pallars advirtió gran número de topónimos explicables a partir del vascuence y siguiendo una idea de Ramón de Abadal supuso que una lengua éuscara había permanecido en la zona hasta muy avanzada la Edad Media, antes de pasar directamente al dominio lingüístico catalán. No hay testimonios directos que establezcan la división entre vasco e ibérico en la zona, pero si hay que admitir la presencia del vasco en la parte meridional, es justo pensar que no se alejaría de la zona montañosa y de los lugares dedicados al pastoreo de altura.

Aunque se ha discutido bastante acerca de la presencia del euskera al Este del valle de Arán a lo largo de los Pirineos orientales y por Cataluña hasta el mismo litoral mediterráneo, sobre la existencia de topónimos como Tossa de Mar¹² y de nombres antiguos como las *niskas*¹³ de los plomos de Arles, a mi parecer no existen argumentos suficientes para probar la presencia del vascuence en esa zona, al menos en épocas rastreables por procedimientos científicos, tanto lingüísticos como históricos. El afirmarlo para épocas neolíticas puede ser tan verdadero como imposible el probarlo. Por otro lado, desde el punto de vista arqueológico y material en época protohistórica de la Edad del Hierro (incluso

(12) A. Tovar, 1959.

(13) J. Corominas, 1975, y Oroz Arizcuren.

antes) se aprecia una diferencia cultural notable entre la parte occidental y central y de los Pirineos y la parte oriental, que no apoyaría tal presunción¹⁴.

Cuanto más nos acercamos hacia el Oeste, a la actual zona euskaldun, menos testimonios directos de las lenguas allí habladas se nos han conservado. Al Norte de Zaragoza y desde el Ebro a los Pirineos sólo han aparecido monedas de unas cuantas cecas (*bols-can, iaca, secia, arsaos, bascunes*), que aparte de que resulte difícil su asignación lingüística a la lengua celtibérica o ibérica (salvo en el caso de *bascunes*, sólo que iría curiosamente con lo celta), presentan unas particularidades propias, gráficas, ortográficas, de estilo, que han llevado a hablar de un estilo «vascón», representado por cabeza barbada, jinetes con lanza, venablo o espada. La zona, por tanto, es una gran área en blanco en cuanto a documentos indígenas, por lo que hay que acudir a la onomástica indígena atestiguada en la epigrafía latina en busca de luz para esclarecer los límites lingüísticos.

Ya desde 1925 por Gómez Moreno y más tarde por otros autores se había advertido un hecho curioso: la carencia total de antropónimos vascos en zonas que luego serían ampliamente de lengua vasca, es decir en Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y Navarra. Si bien los epígrafes descubiertos en Vizcaya y Guipúzcoa eran muy escasos, Alava y la parte meridional y media de Navarra podían compararse a cualquier otra zona, con lo que resultaba muy llamativa esta falta. Por eso se ha repetido en ocasiones que los autrigones, caristios y várdulos no eran de lengua vasca, sino indoeuropea, ya fuera ésta celta o más bien con relaciones con las gentes ligures del occidente peninsular, como pensaba Gómez-Moreno, a partir de la presencia de nombres como *Ambatus, Tritius, Segontius*, etc.

«Las modernas provincias Vascongadas, con el distrito de Estella en Navarra, no varían de sus colindantes occidentales por el aspecto de las estelas votivas y funerarias, símbolos, nombres, etc. Sobre todo la nomenclatura personal admite comparaciones de valor definitivo, probatorias de que allí vivían gentes de raza cántabro-astur, sin el más leve rastro de vasquismo perceptible. Es, por consiguiente, seguro que tan sólo después

(14) Mohen, J. P., «L'âge du fer dans les Pyrénées françaises», *Cahiers d'anthropologie et d'écologie humaine*, 1974, 123-9.

de la época romana sobrevino un corrimiento de vascones hacia allá, como también para Gascuña, hechos documentados muy bien por las crónicas francas y godas en los siglos VI y VII», *Misceláneas*, 236¹⁵.

Como se aprecia se repite aquí, con más base en los datos transmitidos, la misma idea que había emitido Oihenart en el s. XVII y que será firmemente mantenida por Sánchez Albornoz hasta sus obras más recientes. Ahora bien, si los testimonios onomásticos no permitían la pertenencia de los várdulos y caristios al dominio éuscaro, ¿por qué razón se admitía sin crítica que los vascones históricos, en cuyo territorio no se había encontrado tampoco vestigios onomásticos vascos y sí en cambio en la zona de Estella muchos celtíberos y en la zona oriental de Ejea de los Caballeros (antigua *Segia*) muchos ibéricos correspondientes a los *segienses* de la *Turma salluitana*, que en toda su zona meridional y media fueron intensamente romanizados, por qué razón se admitía que eran los detentadores del vascuence y del vasquismo? Evidentemente no había otra razón, una vez eliminada la posibilidad de generación espontánea de las lenguas, más que la tradicional asignación del vascuence al pueblo de los Vascones y la constatación de su uso ininterrumpido en la zona desde los primeros documentos medievales. Sin embargo, el salto lógico derivado de la carencia de claros e inequívocos testimonios vascos antiguos fue dado por U. Schmoll, 1959, quien en una nota dice:

«En otras palabras: la capa mayoritaria de la población de Vasconia era indoeuropea. Los antropónimos vascones recogidos por Gómez-Moreno en *Misceláneas*, pp. 239 ss., pertenecen en su mayor parte a esta capa indoeuropea-celta. Nombres vasco-aquitano (auscos) o ibéricos no faltan totalmente pero están representados con una parquedad que sólo permite concluir que esta capa fue ampliamente arrinconada. Esto es al mismo tiempo una prueba de que el vascuence dominante hoy día en estas zonas volvió a penetrar esencialmente desde Aquitania en una invasión posterior», pág. 25.

Y en la pág. 125 ofrece un mapa en el que se aprecia cómo el vasco antiguo (*auskisch* para el autor) se extiende por Aquitania con un ligero asomo en la Península por la montaña navarra. En no mucho tiempo el vascuence había pasado de ser considerada una lengua con amplia extensión por la Península a no tener casi cabida en ella.

(15) M. Gómez-Moreno, «Sobre los iberos: el bronce de Ascoli», *Homenaje a R. Menéndez Pidal, III*, 1925, recogido en *Misceláneas*, 1949, 235.

Justo al año siguiente de la publicación del libro de Schmoll, o sea en 1960, se descubrió en Lerga una inscripción con antropónimos que no podían explicarse ni por el celta ni por comparación con el ibero, sino como acertadamente lo vio Michelena¹⁶ admitían un análisis en términos aquitanos y vascos. Si de los tres nombres atestiguados sólo *Ummesahar* encuentra una etimología clara, en cada uno de sus miembros, dentro de la lengua vasca: *Ume*, con *-m-*, que supone un anterior grupo consonántico, «criatura», y *zahar* 'viejo', los otros dos nombres *Narhungenesi Abisunhari* se analizan coherentemente sólo a partir de cánones aquitanos. Así el primer miembro del compuesto *Narhungenesi* se compara con el nombre propio *Narhonsus* aparecido en Montsérié (H.P.) y ambos presentan una particularidad fonética, en concreto la presencia de nasal más aspiración (*-nh-*), que sólo está constatada coherentemente en el corpus onomástico aquitano donde, aparte del grupo *-nh-*, son conocidos también los grupos *-lh-* y *-rh-*. Para mayor abundamiento los dialectos vascos actuales conservadores de la aspiración (los no psilóticos que diría un filólogo griego) poseen estos grupos que fueron descritos por Lafon como «disjuntos», es decir heterosilábicos, con corte silábico entre la sonante y la H, como así ocurría también en la antigüedad según el testimonio afortunado de la interpunción silábica del epígrafe de Lerga. Y aunque pueda parecer sorprendente para un no especialista, los lingüistas tienen una absoluta confianza en datos fonéticos de este tipo para poder decidir a la hora de la clasificación lingüística de cualquier término. Así todos ellos están de acuerdo en que lat. *rufus*, por la sola presencia de *-f-* intervocálica, no es un término patrimonial latino sino un préstamo de algún dialecto rural cercano al oscumbro. En nuestro caso estamos casi seguros que las lenguas vecinas del vascuence en la antigüedad no poseían aspiración en sus sistemas fonológicos, porque la H por un lado está prácticamente ausente de las transcripciones latinas de nombres ibéricos y falta signo correspondiente en el semisilabario ibérico y, por otro lado, no hay justificación comparativa para suponerla en celta (tanto celtibérico como galo), mientras que su abundancia en aquitano es manifiesta y su existencia en todo el dominio vasco en época medieval queda probada por cantidad de documentos entre los que destaca la llamada «Reja de San Millán». De esta suerte, mientras en el País Vasco se debatía agriamente en los finales de los años 60 y 70 y se criticaba ampliamente la inclusión de la H en la ortografía vasca moderna, por considerarla letra foránea e innecesaria, por esos años

(16) L. Michelena, 1961.

la misma letra se convertía en la marca principal del carácter vasco-aquitano de los nombres atestiguados en la zona.

Se han descubierto nombres de este tipo, aparte de los de Lerga, en la zona de Cinco Villas de Aragón, como *Narueni* (dat.), *Sanharis* (gen.), incluso en el recién descubierto bronce de Contrebia aparece un nombre con su inicial ilegible que es (-)ei^har (nom.), que en las primeras lecturas de Fatás¹⁷ parecía leerse como *Seihar* y Michelena¹⁸ interpretó como «Toruus» «Torcido». Barandiarán, 1968, con una nueva lectura de la lápida de Oyarzun, añadió otro nombre más, *Beltesonis* (gen.), y yo mismo¹⁹ he intentado demostrar que el mejor análisis de la divinidad *Selatse* de Barbarin (Navarra) y *Helasse* de Miñano Mayor (Alava) se efectúa dentro de los parámetros aquitanos. Incluso nombres tan puramente ibéricos como *Urchatetelli* y *Ordunetsi* muestran unas particularidades fonéticas como la geminación de líquida en final de tema (sabemos que el término era -*tetel*) y la realización africada en misma posición final de un término que conocemos como -*nes* por la T.Sal., que llevan a pensar en un «ibérico en boca vascona».

Y aunque todos estos testimonios sean en realidad escasos, y sobre todo en la parte más occidental donde por contra hay abundantes nombres celtibéricos en Alava, permiten sin embargo suponer que el vasco era lengua de uso —junto con el celtibérico en la parte occidental y el ibérico en la oriental—, en la zona en que más o menos lo sería en épocas mejor conocidas. Y que razones sociolingüísticas de marginación de la población vascófona o sólo de la propia lengua fueron las causantes de que los que la hablaban no consignasen por escrito sus nombres o bien que hubieran aceptado la antroponimia de las personas que se expresaban en una lengua más prestigiosa que la suya. Esta actitud, que ha sido un hecho conocido en tiempos más recientes del euskera y que ha llevado a Michelena a hablar, *biologico more*, del carácter recesivo del vascuence a lo largo de su historia, está bien expresada en el siguiente párrafo de un artículo comentario de Faust y Tovar, 1971, al trabajo de Albertos sobre «Alava romana y prerromana»:

(17) G. Fatás, «El bronce de Contrebia», *Revista del Bajo Aragón*, 1980, 57-64. Para un estudio completo del bronce, véase Fatás, 1980.

(18) L. Michelena, «Notas lingüísticas al nuevo bronce de Contrebia», *BRSVAP*, 1980, 3-9 y *ASJU* 1980, 87-95.

(19) J. Gorrochategui, 1984, 330 y «Acerca de Helasse, teónimo indígena atestiguado en Miñano Mayor, Alava», *Veleia*, 1, 1984, 261-5.

«No se dejan comprobar en tiempos romanos restos seguros de lengua vasca. Pero con ello no se dice que nunca hubo en la Península Ibérica ningún vasco. Como lo muestran las actuales relaciones, p. ej. en Sudamérica pueden hallarse entre dos grupos de población de una región unos desniveles sociales tan fuertes que la capa inferior no aporta nada a la toponimia común ni transmite ninguna lápida funeraria ni ningún testimonio duradero de nombres personales. Los nombres vascos pudieron por tanto faltar en Hispania según las fuentes antiguas sólo por la razón de que los antepasados de los vascos en la antigüedad formaban la capa social inferior» (1971, 356).

Intentar establecer los límites precisos del antiguo vasco en la Península es empresa hoy por hoy, a falta de materiales, imposible, y el intentar establecerlos con exclusividad en oposición a las otras lenguas de la zona, un error.

Lo más que se puede decir con gran probabilidad de acertar es que el vascoence a lo largo de los siglos inmediatamente anteriores a la conquista romana y durante ésta había sufrido un retroceso paulatino hacia las zonas más agrestes y montañosas, donde se hablaría como lengua única. En qué situación lingüística quedaban las zonas dominadas por hablantes de lenguas celtas e ibérica es difícil de saber, pero por los testimonios arriba señalados parece que conservarían aún (según épocas o zonas) una capa de bilingües o al menos de población con ciertos hábitos fonéticos y onomásticos mantenidos como recuerdo de su reciente pertenencia al dominio lingüístico éuscaro.

Existen, sin embargo, opiniones contrarias que dudan de la presencia del vasco antiguo en las zonas vascongadas tradicionales, entre las que cabe destacar la expuesta por J. Untermann últimamente en ANRW, 1983:

«quizá hay que aceptar que el vasco no perteneció a las lenguas antiguas hispanas: quizá fue introducido *por primera vez* en la Península con los desplazamientos de población de época romana o altomedieval» (1983, 811 s.).

Y con esta reciente opinión, aunque no nueva, porque ya fue emitida por Schmoll, acabo este sucinto recorrido en el que sin duda han quedado sin comentario cantidad de ideas y autores, pero en el que creo haberme referido a lo esencial de las líneas de investigación más importantes.

BIBLIOGRAFIA

- Albertos, M.^a L. 1970. «Alava prerromana y romana. Estudio lingüístico». *Estudios de Arqueología Alavesa*, 107-234.
- Bähr, G. 1948. *Baskisch und Iberisch*. Extracto de *Eusko-Jakintza*, II, 1947, 3-20, 167-194, 381-455.
- Barandiarán, I. 1968. «Tres estelas del territorio de los vascones», *Caesaraugusta*, 199-205.
- Beltrán, A. & Tovar, A. 1982. *Contrebia Belaisca, 1: El bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita*. Zaragoza.
- Bladé, J. P. 1869. *Etudes sur l'origine des Basques*. Edición facsímil en Marsella, 1976.
- Boudard, P. A. 1859. *Numismatique ibérienne*. Béziers.
- Caro Baroja, J. 1944. «La Aquitania y los nueve pueblos», *Archivo Español de Arqueología*, 113-134.
- . 1945. *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*. Salamanca.
- Corominas, J. 1960. «La toponymie hispanique préromane et la survivance du Basque jusqu'au bas moyen âge». *IV Congrès International de Sciences Onomastiques*. Munich.
- . 1973. «Du nouveau sur la Toponymie Occitane», *Beiträge zur Namenforschung*, 193-308.
- . 1975. «Les plombs sorothaptiques d'Arles», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 1-53.
- Echenique, M.^a T. 1984. *Historia lingüística vasco-románica. Intento de aproximación*. San Sebastián.
- Fatás, G. 1980. *Contrebia Belaisca, II: Tabula Contrebiensis*. Zaragoza.
- Faust, M. & Tovar, A. 1971. «Notizen zur Methodologie der althispanistischen Onomastik», *Beiträge zur Namenforschung*, 337-356.
- Faust, M. 1976. «Cuestiones generales de toponimia prerromana», *Actas del I. Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península*. Salamanca.
- Gómez-Moreno, M. 1949. *Misceláneas: Historia-Arte-Arqueología*. Madrid.
- Gorrochategui, J. 1984. *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*. Bilbao.
- Hoz, J. de & Michelena, L. 1974. *La inscripción celtibérica de Botorrita*. Salamanca.
- Hoz, J. de. 1981. «El Euskera y las lenguas vecinas antes de la romanización», *Euskal Linguistika eta Literatura: Bide berriak*, 27-56, Bilbao.
- Hübner, E. 1893. *Monumenta Linguae Ibericae*. Berlín.

- Humboldt, W. 1821. *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittels der Vaskischen Sprache*. Berlin. Traducción de Fco. Echebarria: *Primitivos pobladores de España y lengua vasca*, 1969, Madrid.
- Lafon, R. 1956. «Pour l'étude de la langue aquitaine», *Actes du deuxième Congrès International d'études pyrénéennes*. Toulouse.
- Lizop, R. 1931. *Le Comminges et le Couserans avant la domination romaine*. Toulouse.
- Luchaire, A. 1877. «Les origines linguistiques de l'Aquitaine», *Bull. Soc. des Sciences, Lettres et Arts de Pau*, 349-423.
- Michelena, L. 1954. «De onomastica aquitana», *Pirineos*, 409-458.
- . 1961. «Los nombres indígenas de la inscripción hispanoromana de Lerga (Navarra)», *Príncipe de Viana*, 67-74.
- . 1964. *Sobre el pasado de la lengua vasca*. San Sebastián.
- Oihenart, A. 1656. *Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanicae*. 2.ª edición traducida por J. Gorosterratzu para RIEV, 1926-29.
- Ricci, S. 1903. «Notes d'onomastiques pyrénéenne», *Revue celtique*, 71ss.
- Sacaze, J. 1892. *Inscriptions antiques des Pyrénées*. Toulouse.
- Schmoll, U. 1959. *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*. Wiesbaden.
- Schuchardt, H. 1907. «Iberische Deklination», *Sitzungsberichte der Wiener Akademie, Phil-hist. Klass.*, 157, 1-90.
- . 1909. «Iberische Personennamen», *RIEV*, 237-247.
- Tovar, A. 1959. *El Euskera y sus parientes*. Madrid.
- . 1980. *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*. Madrid.
- Untermann, J. 1983. «Die althispanischen Sprachen», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 29, 2, pp. 791-818.